

El refugio y la evasión. Los productos culturales en la obra de Francisca Aguirre

*Lorena Culebras Carnicero**

UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

Resumen:

Francisca Aguirre ofrece en su obra –especialmente en *Espejito, espejito*- toda una serie de anécdotas y reflexiones personales, que sirven como testimonio y memoria traumática del cruel período histórico que le tocó vivir: la Guerra Civil y la posguerra de los años cuarenta. Muchos de los escritores que vivieron este período histórico intentarán curar sus heridas contando su historia. Este artículo pretende analizar el valor catártico y de refugio que los productos culturales (cine, literatura, música y pintura) tuvieron para la autora y su familia. El arte se convierte en un método de evasión, una forma de sobrevivir a la tragedia, la rutina y la ignominia cotidiana.

Palabras Clave:

Francisca Aguirre, poesía, memoria, productos culturales.

Refuge and escape. Cultural products in francisca aguirre's work

Abstract:

Francisca Aguirre gives all kinds of anecdotes and personal reflections in her work –specially in *Espejito, espejito*-, which are a testimony and a traumatic memory of the cruel historical period in which she lived: the Civil War and the post-war era. Many of the authors who lived this historical period will try to heal their wounds by telling their story. This article aims to analyze the cathartic value and refuge that cultural products (cinema, literature, music and painting) had for this author and her family. Art becomes an evasion method, a way to survive the tragedy, the routine and the daily ignominy.

Keywords:

Francisca Aguirre, poetry, memory, cultural products.

La obra de Francisca Aguirre es esencial como testimonio y recuerdo de un acontecimiento histórico que marcó para siempre a España: la Guerra Civil y su consiguiente posguerra. La autora transmite en sus textos, especialmente en su obra autobiográfica *Espejito, espejito*¹, la memoria de su vida. Los escritores que vivieron este trágico conflicto bélico siendo niños, especialmente los del bando republicano, reflejarán en sus obras esa experiencia, buscando muchas veces el efecto catártico de la escritura.

En el presente artículo me centro en el análisis de los textos –en prosa y verso- en los que la autora reflexiona sobre el refugio que han supuesto los productos culturales en su vida. Así, a lo largo de toda la obra literaria de Aguirre diferentes artes –la literatura, la música, la pintura y el cine-

adquieren un papel primordial. Estos productos culturales tienen una gran presencia en la infancia de la autora y siempre representan momentos de felicidad, para ella y para los restantes miembros de su familia. De esta forma el arte se convierte en un método de evasión, una forma de sobrevivir a la tragedia, la rutina y la ignominia cotidiana.

Asimismo antes de comenzar el análisis de estos aspectos es fundamental tener en cuenta el contexto de la autobiografía y las memorias en la literatura española, destacando algunos puntos en común de los escritores que vivieron el mismo período histórico.

La escritura autobiográfica no ha sido siempre un género prolífico en la historia de la literatura española, sí es

Recibido: 17-V-2013. Aceptado: 26-VI-2013.

* Licenciada en Filología Hispánica.

¹ AGUIRRE, F., *Espejito, espejito*, San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular «José Hierro», 1995. En adelante, las referencias de página se anotarán en el cuerpo del texto precedidas de las siglas E.E.

cierto –como afirman muchos críticos, entre los que destaca Romera Castillo en «Escritura autobiográfica de mujeres en España»²- que desde 1975, fecha de la muerte del dictador, se ha producido un resurgir esplendoroso del género. Así pues, durante los años 70 y 80, hay un aumento de las obras memorialísticas y autobiográficas en la literatura española, así como en otros ámbitos artísticos, que tienen como objetivo fundamental aportar un testimonio personal de lo vivido –la Guerra Civil Española y la posguerra- al margen de los grandes protagonistas históricos. Asimismo transmiten en estas obras la necesidad de contar, recuperar la memoria y crear una nueva historia, llenando el vacío de información de los manuales manipulados durante la dictadura, y deshacer así la construcción ideológica franquista sobre el pasado.

Por otra parte muchas críticas han centrado sus estudios literarios de género en relación a la autobiografía (Mangini, Nieva de la Paz, Caballé, Loureiro...). Antes del conflicto bélico, durante los años 20 y 30 en España comenzó lentamente la lucha de la mujer porque su voz fuera escuchada para conseguir una serie de derechos y poder tener un puesto en la sociedad política y cultural. Muchas escritoras (María Teresa León, Ernestina de Champourcín, Concha Méndez,...) –casadas con escritores- dejaron el protagonismo a sus maridos, como señala Shirley Mangini³. Fueron mujeres que perdieron dos guerras: la civil y la de su sexo. Así comienzan a salir obras de testimonio colectivo en las que quieren salir de la sombra y ser reconocidas por la lucha que llevaron a cabo. Aunque no es el caso de Francisca Aguirre, pues tanto Shirley como Nieva de la Paz⁴ se centran en las escritoras de la Generación del 27, Aguirre coincide con ellas en ser la mujer de un escritor de cierto reconocimiento en el mundo literario – Félix Grande-, así como la necesidad de ser escuchada y recuperar su propia historia.

Muchas de las memorias y autobiografías relacionadas con la Guerra Civil proceden de los intelectuales exiliados, como explica Eva Soler⁵. Algunos escritores recuperan la memoria del conflicto desde un narrador independiente (autobiografías noveladas o novelas autobiográficas): *El laberinto Mágico* de Max Aub, *Los cinco libros de Ariadna* de Ramón J. Sender o *En mi hambre mando yo* de Isabel Palencia... Sin embargo otros escritores elaboran memorias y autobiografías en las que el autor queda identificado con el narrador y personaje de la narración, denominado por Philippe Lejeune como «pacto

autobiográfico». Estos autores vinculan el testimonio de sus vidas al proceso histórico que les tocó vivir y cuyas vivencias definen su conflicto de identidad: *Recuerdos y olvidos* (1991) de Francisco Ayala, *Memoria de la melancolía* (1998) de María Teresa León, *Memorias habladas, memorias armadas* (1990) de Concha Méndez... Estos escritores coinciden con Aguirre en la memoria del conflicto bélico; sin embargo, les diferencia la experiencia del exilio, ya que aunque Francisca Aguirre y su familia intentaron esa huida de España no la lograron, por lo que el tema del exilio y el conflicto de identidad que ello supuso para los españoles exiliados no está presente en la obra de la autora de este estudio.

Es interesante también que a partir de 1976 la posguerra cobra más importancia que la guerra misma y aumenta el número de mujeres que escriben novela testimonio, mujeres que vivieron esa guerra y posguerra durante su más tierna infancia: Juana Doña, Consuelo García, María Josefa Conellada, Teresa March, Josefina R. Aldecoa...⁶

Asimismo resulta interesante aplicar los conceptos teóricos definidos y diferenciados de «Autobiografía» y «Memorias» que realiza el crítico alemán Bernd Neumann⁷, quien define la autobiografía como el relato de acontecimientos privados, mientras que las memorias apuntan al relato de la vida social. Desde esta postura crítica, la obra de Francisca Aguirre, *Espejito, espejito*, es una autobiografía ya que la autora ofrece en sus textos –poemas y relatos- sus vivencias personales: el exilio a Francia, el hambre, su vida en los conventos, la muerte de su padre, el matrimonio con Félix, su hija Guadalupe... Sin embargo sí es cierto que, como les sucede a la mayoría de los escritores de este período histórico, muchos de sus recuerdos los ofrece como testimonio de una realidad que no solo vivía ella, sino una gran parte de la sociedad española y es en este punto en que la obra narrativa y poética de Aguirre se convierte en una Memoria ya que no se limita al recuerdo de su experiencia individual, sino que muestra la necesidad de convertir su obra en una memoria colectiva y ello se refleja especialmente en un rasgo lingüístico constante, que es el uso del nosotros.

El recuerdo de su infancia es uno de los motivos más recurrentes en la obra de Francisca Aguirre. La autora rememora en sus obras el dolor vivido y la experiencia traumática como niña y expresa, desde el momento presente,

² ROMERA CASTILLO, J., «Escritura autobiográfica de mujeres en España (1975-1991)», VILLEGAS, J. (Coord.), *La mujer y su representación en las literaturas hispánicas*, Actas Irvine-92: [Actas de XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas], 1994 Vol. 2, pp.140-148.

³ MANGINI, S., «Resistencia a la memoria y memorias de resistencia», *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, n.º 10 (1996), p. 4.

⁴ NIEVA DE LA PAZ, P., «Voz autobiográfica e identidad profesional: Las escritoras españolas de la Generación del 27», *Hispania*, vol. 89, n.º. 1 (2006), pp. 20-26.

⁵ SOLER SASERA, E., «Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939», *Olivar*, n.º. 8, (2006), pp.249-261.

⁶ ALMELA, M., GARCÍA LORENZO, M., GUZMÁN, H., SANFILIPPO, M. (Coords.), *Ecos de la memoria*, Madrid, UNED, 2011, p. 11.

⁷ RODRÍGUEZ, F., «El género autobiográfico y la construcción del sujeto autorreferencial», *Revista Filología y Lingüística*, XXVI, 2, (2000), pp. 9-24.

la constante necesidad de recuerdo, un recuerdo de un pasado que le provoca la desazón y la angustia, pero del que no puede ni quiere escapar, porque a su vez recordar y contar sus memorias es una forma de catarsis. La escritura sirve como consuelo y bálsamo que cura sus heridas: «lo hiciste para cubrir aquellas tus heridas» como declara en el poema «Monólogo»⁸ y la extraordinaria metáfora que incorpora en este mismo poema: «fue un manto de palabras», algo que cubre el cuerpo del frío –el manto– sirve a la poeta para expresar esa necesidad de cubrir el dolor existencial, plasmando los sentimientos en papel.

Sin embargo no solo la escritura es importante, sino que Francisca Aguirre confiesa que la lectura se convirtió en un refugio perfecto de esa trágica realidad que estaba viviendo: «Descubrir los libros ha sido uno de los pocos regalos que la vida me ha hecho» (E.E, 121). Uno de los libros más significativos para la autora es *Él último mohicano* ya que fue uno de los primeros y gracias a él entró en el mundo de lo maravilloso, recuperando esa infancia perdida, arrebatada, como bien explica en el poema que lleva el mismo título:

Cierto que no tuvimos nada,
que muchas veces nos faltaba todo.
Pero aunque algunos días no comimos,
tuvimos una radio para oír a Beethoven,
y un día de Reyes de mil novecientos cuarenta y cuatro
mamá y los tíos fueron al Rastro:
nos compraron tres libros:
La cuesta encantada, Nómadas del Norte
y *El último mohicano*
y de la mano de ese indio solitario
entramos en el mundo de lo maravilloso
y lo tuvimos todo para siempre. (E.G., 152)

Así pues Francisca Aguirre, junto a sus hermanas, se construye una vida ficticia a través de los mundos imaginarios que le ofrecen sus lecturas. Esta vida fantástica sustituye a la real, una vida repleta de angustia existencial por la escasez económica pero también por la temprana ausencia paterna, injusta e incomprensible a los ojos de una niña de apenas seis años. En algunas ocasiones la autora recurre a elementos maravillosos propios del cuento y del mundo infantil. Es importante en este sentido el propio título de su obra autobiográfica, *Espejito, espejito*, un objeto mágico en los cuentos populares que la autora utiliza para recuperar el pasado: *me acerqué hasta la niña que fui y pregunté con ella: «Espejito, espejito»...* (E.E., p.13). Sin embargo lo que Francisca Aguirre va a contar en estas páginas no es un cuento, sino su historia real y trágica. El uso del término «cuento» sirve como contraste y a la vez refugio de ese sufrimiento vivido durante su infancia,

asimismo el espejo sirve como puerta hacia el pasado, es la voz que le ofrece sus recuerdos.

A pesar de la pobreza económica y la situación emocional tras la pérdida de su marido, la madre consiguió salir adelante y darles a sus hijas una «infancia feliz», ofreciéndoles la evasión de la cruda realidad en el maravilloso mundo de la lectura y la música –reflejado en el poema a través de los libros que compran en el rastro y la radio para escuchar a Beethoven. Por todo ello la autora dedica este extraordinario y emotivo poema a su madre:

Mamá fue nuestro Espasa,
fue nuestro Guerrero del Antifaz,
el País de las Hadas,
la abundancia dentro de la miseria,
nuestro mejor amigo, ...

La madre se convirtió para sus hijas en la fuente de sabiduría, expresado a través de la metáfora «Espasa», de protección y fortaleza «Guerrero del Antifaz» y además les permitió recuperar parte de su infancia robada a través de lo maravilloso, viviendo en el «País de las Hadas». Asimismo, como relata la voz poética, la madre consiguió mantener vivo el recuerdo del padre: «la que hizo posible que papá no muriera», no solo a través de los cuadros que pudo guardar, sino también hablándoles a sus hijas de él:

Mamá fue quien nos dijo que mi padre admiraba a los griegos,
que adoraba los libros,
que no podía vivir sin la música
y que fue amigo de Unamuno.

En los dos primeros versos se observa una perfecta antítesis, «No tuve nada, lo tuve todo», que sintetiza el constante sentimiento de Aguirre. La autora confiesa que a pesar de las circunstancias adversas que vivió y los pocos recursos materiales, recuerda el pasado, se considera afortunada y agradece con cariño todo lo que le pudo dar su familia:

No tuve nada y, sin embargo, de algún modo,
Comprendo que lo tuve todo.

Otro de los libros que señala la autora como fundamental refugio de su tristeza es *Alicia en el país de las maravillas*. La influencia de sus lecturas se refleja continuamente en las obras de la autora. Aunque en la obra poética de Aguirre los elementos fantásticos no son frecuentes, la poeta quiere dejar constancia de la importancia que tuvieron esos relatos, no solo como fuente de recursos literarios, sino sobre todo como refugio del sufrimiento de su vida real. También es importante que estas lecturas

⁸ AGUIRRE, F., *Ensayo general (Poesía completa 1966-2000)*, Madrid, Calambur, 2000, p. 45. En adelante, las referencias de página se anotarán en el cuerpo del texto precedidas de las siglas E.G.

proporcionan a la autora un cierto sentido del humor, que sí está presente en sus textos, especialmente a través de la ironía:

«Para mí *Alicia en el país de las maravillas* fue la maravilla en el país de las tinieblas. Con ese libro aprendí a reírme del mundo hostil que me rodeaba. El señor Carroll nos enseñó a mis hermanas y a mí a sacarle la lengua a todo lo feo y opresivo. Estoy segura de que mi agradecimiento para con ese libro me sobrevivirá» (E.E., 121).

También en el poema «El paraíso encontrado» de *Los trescientos escalones* (E.G., 122), la poeta señala esta función catártica que tiene la lectura, especialmente la última estrofa del poema, en la que se observa la imagen del sujeto poético cogiendo un libro de la estantería para ponerse a leer, en este caso, unos versos que sirven para consolarla:

Entonces, con una de las manos que aún conservo
arranco de la estantería como del árbol de la ciencia,
un volumen repleto de semillas;
y mientras oigo a los reptiles acercarse
voy dejando que crezcan hasta el pelo,
envolviéndome la cabeza,
versos consoladores
una humedad de llanto o de rocío
un musgo de palabras
que devuelve a mi estatua
su savia generosa.

Es importante el sentido del título del poema, opuesto al del «Paraíso perdido», referencia bíblica de la expulsión de Adán y Eva del paraíso y tópico literario difundido especialmente a partir del poema narrativo de John Milton, *Paradise Lost*. De esta forma la autora propone que ese paraíso se encuentra en la literatura y haciendo homenaje a Rousseau, como cita en el poema, defiende la necesidad de la ley de la naturaleza, que se implanta en sus propia casa: «y en el hogar cumple la ley de la Naturaleza». Asimismo la idea de «El paraíso perdido» se convierte en un tópico importante no solo en la poética de Francisca Aguirre, sino en muchos de los autores que vivieron la guerra civil como niños y que les robaron su infancia, el que fue o pudo haber sido su paraíso infantil.

Asimismo, desde los primeros versos del poema, la voz poética expresa diferentes sentimientos entre los que destacan la nostalgia, el hastío y el cansancio vital: «Desesperada /ejerzo un entusiasmo melancólico. Se me caen los objetos y la vida...». Ello no solo se refleja en los primeros versos, sino que la voz poética recurre a la descripción de su casa como una pequeña jungla a la que se tiene que enfrentar: «Son los pequeños monstruos cotidianos/ feroces y domésticos...», una situación que la incomoda y le provoca tristeza: «pesa la jungla como una batalla» y por ello busca un lugar en el que refugiarse y lo encuentra en la lectura de la poesía.

El valor de la literatura como refugio también la expresa a través de una metáfora recurrente en su obra: la

ventana, que se convierte en el símbolo de la necesidad de escapar del mundo real, como consuelo de su dolor:

«Como en casa no había de nada, el descubrimiento de la lectura y de la música (la música a través de la radio, claro) fue algo absolutamente maravilloso. Por aquellas dos ventanas podíamos escapar de la triste realidad que nos había tocado en suerte.» (E.E., 121)

Detrás de la ventana el sujeto poético puede contemplar la realidad como mero espectador del mundo, el encuadre por el que se observa pasar la vida pero sin ser vistos. Uno de los textos que mejor refleja el significado de evasión y observación del mundo como espectador es uno de los poemas intercalados en *Espejito, espejito* (E.E.50-51). En esta composición el sujeto poético expresa la tristeza de una infancia perdida, una infancia vista a través de la ventana:

¡Ay, cuando yo era niña
los niños dónde estaban!
Estaban quietecitos
detrás de las ventanas. (v.17-20)

La autora recurre a su maestro Antonio Machado para dar comienzo al poema pues incluye a modo de prólogo dos versos de uno de sus poemas: «¡Ah, cuando yo era niño/soñaba con los héroes de la *Ilíada!*», versos que utiliza para su propia composición y así introduce el tema de la evocación de los sueños infantiles para incidir en la idea de la pérdida de la infancia:

¡Ay, cuando yo era niña
los héroes dónde estaban!
Allá por el cuarenta
malos tiempos soplaban. (v.1-4)

La presencia o mejor dicho la ausencia del héroe es un motivo recurrente en la poética de la Generación del 50: Ángel González («Antífrasis: a un héroe»), Caballero Bonald (*Descrédito del héroe*), José Hierro («Epitafio para la tumba de un héroe»)....No solamente es importante la aparición del héroe en sus poemas, sino sobre todo la desmitificación de los considerados héroes a lo largo de la historia y sobre todo de la mitología. La poesía de los autores y autoras que vivieron la guerra civil buscan a los héroes mitológicos y literarios como refugio de su las experiencias reales que están viviendo. Aguirre se da cuenta de que esos supuestos héroes no están, por ello el lamento y la búsqueda sin respuesta «¡Ay, cuando yo era niña/ los héroes dónde estaban!». Por esa ausencia Aguirre rechaza y desacredita en sus poemas a esos héroes, incapaces de ofrecerles la salvación; lo cual se refleja muy claramente en su primera obra, *Ítaca* (E.G., 25-87), en la que deconstruye el mito de Ulises, centrándose en la figura femenina de Penélope.

El sujeto poético explica en este poema que no solamente ella perdió los sueños infantiles cuestionándose dónde están los personajes maravillosos de sus lecturas. La

autora quiere dejar constancia de que esta pérdida de la infancia no fue un hecho aislado de ella, sino que –debido a la época que estaban viviendo, «el cuarenta», unos años en los que «malos tiempos soplaban»- la infancia está perdida, escondida detrás de esas ventanas. Aguirre se adhiere a un colectivo: los niños. No reclama su infancia, sino la de todos. Asimismo esa ventana se convierte en la metáfora del refugio de la realidad que están viviendo, pero a su vez es la única forma que tienen de poder ser espectadores de ese mundo:

¡Ay, cuando yo era niña
qué dulces las ventanas!
¡Qué abiertas y qué altas
estaban las ventanas!
Sólo daban al aire
entonces las ventanas.

Mi infancia se pasó
detrás de la ventana.

La función de consuelo la expresa también en uno de los poemas que Aguirre incluye en su autobiografía *Espejito, espejito*. Tan solo hay un verso que hace referencia pero refleja perfectamente esa idea de refugio que supone en muchas ocasiones la literatura, dejándole incluso a la literatura la misión de rescate y salvación de nuestras vidas: «que compráis un libro como si fuese un salvavidas» (E.E., 115).

Así pues para Aguirre la poesía también significa la huida, la vía de escape, una forma de esconderse de la realidad. Ello se contempla especialmente en el poema «La visita» del libro *Pavana del desasosiego* (E.G., 292-293), en el que el sujeto poético conversa con un tú al que intenta consolar pero le recrimina que se enfrente a la realidad y no se esconda tras la poesía:

No te aturdas ahora, temeraria,
no te escondas detrás de tus octavas,
de tus endecasílabos brillantes y tus rimas,
no huyas arropada en un romance.

Es un poema esencial para comprender qué es la poesía para Francisca Aguirre ya que ofrece la humanización de la poesía. La autora va definiendo lentamente qué es «la visita» y finalmente la identifica como la poesía. En este poema vuelve a señalar el poder que tiene la poesía como consuelo del dolor a través de las metáforas y sinestesias: «siembras música azul en las heridas,/ intensas melodías que susurran...», «Desde el lejano umbral de la melancolía/ oye mi corazón tu música y tu canto»; relacionando la poesía con la música, rasgo muy frecuente en la poética de Aguirre y también a lo largo de la historia.

Destaca la importancia de lo sensorial en la poesía y como se mezclan de forma peculiar las diferentes formas del sentir del ser humano, recurriendo a la sinestesia: «tus

océanos cantarines y olorosos/ tu corro de luceros y luciérnagas, /tus cascadas, tus brisas, tus jardines...».

Asimismo Aguirre reflexiona en torno al contenido de la poesía que ella escribe y finalmente declara que su obra poética es su vida:

Te ofrezco únicamente mis escombros,
pájaros de la infancia y barcos quietos,
caracolas en donde suena el llanto
como si fuera un mar.
Fotografías, calendarios, cartas...
Desperdicios de un mísero naufragio,
botín de gaviotas y cangrejos,
restos de lo que un día fue leyenda.

Francisca Aguirre cuenta en su obra *Espejito, espejito*, que, a pesar de los pocos recursos económicos que tenía la familia, esa pasión por la lectura hacía que ella y sus hermanas ahorrasen todo el dinero para poder alquilar libros:

«El descubrimiento nos convirtió en tres urracas que vivían con la única obsesión de conseguir unos céntimos para alquilar libros. Porque había una tiendecita que los alquilaba» (E.E., 122).

La autora explica en sus memorias que debido a la situación económica familiar, se incorporó pronto al mundo laboral: tenía 15 años. Sin embargo, a pesar de las dificultades, Aguirre hizo todo lo posible por aprender: compraba todos los libros que le permitía su economía, conseguía poemas de poetas prohibidos (Lorca, Machado, Alberti, León Felipe...) y acudía a seminarios clandestinos de filosofía, política e historia.

Así la autora se declara autodidacta y relata como empezó a «licenciarse en Letras», a pesar de los problemas que ello conllevaba:

«Y en aquel tenducho empecé yo mi licenciatura en Letras. Allí encontré *Nada, La familia de Pascual Duarte, Amok, 24 horas en la vida de una mujer...*

En fin, el autodidactismo no es precisamente la mejor universidad, resulta bastante deficiente. Debido a esta deficiencia, a mí los clásicos me aburrían y, sin embargo, me dí un hartazón de Krysnamurti que todavía me dura. Menos mal que los clásicos son muy persistentes, y un buen día me encontré leyendo a Quevedo, a Cervantes, a Lope, a Garcilaso. Y ya se quedaron a vivir conmigo.» (E.E., 122)

Aguirre no tuvo la oportunidad de formarse de otra forma. La situación económica de las familias en los años juveniles de la autora pocas veces permitía prolongar la etapa estudiantil de los hijos. Hay que tener en cuenta el momento histórico en el que se sitúa la poeta. La cultura y la educación –especialmente la educación universitaria- estaba reservada para las clases sociales más altas. Además

hay que recordar que en esta época la literatura y en general todos los productos culturales estaban muy limitados por la censura y por el aislamiento internacional del país.

En relación a este tema, Aguirre se lamenta de no haber podido estudiar en la Universidad por la precaria situación económica que había en su casa y critica negativamente a aquellos que hoy día, teniendo la oportunidad de estudiar, no la aprovechan: «Tuve demasiada hambre de cultura para que me sea posible entender esa actitud» (*E.E.*, 126).

La constante formación autodidacta a través de las numerosas lecturas de autores –clásicos y contemporáneos– se refleja perfectamente en su obra. Las intertextualidades y referencias a diferentes escritores están presentes en toda su obra: César Vallejo, Miguel Hernández, Rubén Darío, Miguel de Cervantes... Sin embargo resulta esencial destacar especialmente al poeta Antonio Machado, imprescindible no solo como influencia en la poética de Francisca Aguirre, sino también en su vida: «Pero para nosotros, para la gente de mi generación, Machado fue un alimento tan básico y tan imprescindible como el pan» (*E.E.*, 103). La autora describe al poeta Antonio Machado como un profesor de estética y moral, pero ante todo como el que enseñó la importancia del humor para poder sobrevivir ante las adversidades y lo describe como uno de los mejores regalos que tiene el ser humano:

«En él tuvimos el mejor profesor de moral y el mejor profesor de estética, si es que no son la misma cosa. Y, sobre todo, en aquellos años terribles, en los que reír era a veces muy difícil, Machado nos enseñó que la risa era sin duda una de las pocas fuentes de vitalidad para el ser humano, que el humor era uno de los grandes aliados de la cordialidad y por lo tanto de la solidaridad [...]» (*E.E.*, 113).

Aguirre confiesa en sus obras y también en numerosas entrevistas la influencia de Antonio Machado, así como la gran admiración que siente hacia este poeta. Uno de los poemas que más claramente refleja esa estima por el poeta Machado es «Frontera» (*E.G.*, 112-113). La voz poética lamenta haber nacido tan pronto en el tiempo «Yo, que llegué a la vida demasiado pronto», ya que al haber nacido en 1930 tuvo que vivir el desastre de la Guerra civil española, pero a su vez lamenta haber nacido demasiado tarde para conocer al poeta, pues ella era solo una niña: «Yo era pequeña/ y tenía sueño./ Don Antonio era viejo/ y también tenía sueño». A través de varias figuras extraordinarias, el sujeto poético expresa la tragedia, el horror y la miseria vividos durante el conflicto bélico, especialmente a través de la personificación y la metáfora de la vida como casera que cobra su alquiler a través del sufrimiento:

y no ingresar en ese tiempo loco
que cobra su alquiler en monedas de espanto.

Yo, que tanto me había anticipado,
no supe anticiparme un poco más
(al fin y al cabo para pagar
en monedas de sangre y desdicha
qué pueden importar algunos años)

En el poema Aguirre también hace referencia a la tragedia personal y económica vivida:

Yo, que vengo pagando mi imprudencia,
que le debo a mi prisa mi miseria,
que hube de trocear mi corazón en mil pedazos
para pagar mi puesto en el desierto,
yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera.

En estos versos la voz poética confiesa que esos años fueron profundamente dolorosos y ello se refleja especialmente a través de la metáfora e hipérbole «trocear mi corazón en mil pedazos», mediante la cual expresa todo el sufrimiento que pasó.

Asimismo en este poema la autora recurre de nuevo al tema de la infancia robada: «Llegué con los ojos cegados de la infancia/ y el corazón en blanco, sin historia».

El sujeto poético se arrepiente reiteradamente de haber nacido tan pronto para tanto sufrimiento y penurias, y a su vez haber llegado tarde para haber podido conocer a don Antonio Machado: «yo, sabedlo, llegué tarde una vez a la frontera», una reiteración que se constata también a través del uso de la estructura anafórica y paralelística de todo el poema, reafirmando el uso de la primera persona del singular, en las cuatro primeras estrofas: «Yo, que llegué a la vida...», «Yo, que nací en el treinta...», «Yo, que vengo pagando...», «Yo, que tanto...» y finalmente, dirigiéndose –entre paréntesis– a Dios, a través de la estructura anafórica y la antítesis pronto-tarde, resume el contenido de todo el poema:

(Señor, qué imperdonable:
haber nacido demasiado pronto
y haber llegado demasiado tarde) (v. 40-42)

Asimismo, como se refleja en algunos de los textos comentados, la música también fue imprescindible en la vida de la familia Aguirre: «Ya he dicho que para nosotras la música fue algo así como el pan. Pero como el pan era más bien escaso, nos consolábamos del hambre escuchando música» (*E.E.*, 97). La música estará presente en toda la obra literaria de Francisca de Francisca Aguirre, ya que se convirtió para ella y también para sus hermanas en otra forma de refugio y evasión de la cruda realidad que vivían: «Cantar para no pensar» (*E.E.*, 23). La música fue para ellas su fuente de felicidad, incluso cuando pasaban hambre.

Una de las anécdotas más entrañables que la autora recuerda fue la compra y llegada de un piano de segunda mano, que hizo feliz a su hermana Margara:

«Uno de los grandes acontecimientos de mi juventud fue la llegada a casa de aquel piano. A partir de ese día Margara empezó a estudiar música y durante algún tiempo fue una muchacha feliz...

Pero cuando la miro, al lado de su hija, que tiene la misma edad que la mía, oigo dentro de mí su grito de alegría cuando llegó el piano» (E.E., 97).

En un fragmento de *Espejito, espejito*, la autora realiza una extraordinaria metáfora de los recuerdos del corazón con una caja de música, como una forma de refugio del dolor y la tristeza:

«Y en momentos así qué hacer, sino acudir a la caja de música que guardamos en el lado izquierdo del pecho. Conviene más bien entreabrirla para que la música no se escape de golpe y podamos saborearla lentamente, tan lentamente como el pulso, tan despacio como nos van llegando los recuerdos» (E.E., 85).

Esta importancia de la música como consuelo y evasión del presente se encuentra también en su obra poética. La música influirá en la poesía de Francisca Aguirre y ello se refleja incluso en algunos títulos de sus poemas y también en alguno de los libros, como *La otra música* (E.G., 156-210) o *Nanas para dormir desperdicios*⁹. En uno de los poemas de *La herida absurda*¹⁰ la voz poética confiesa esa necesidad de la música como consuelo de la tristeza:

cuando llueve desde el presente
un agua turbia que nos deja el vivir
amortizado en monedas de oprobio
sé que debo volver a Brandenburgo.

En estos versos expresa la desolación que siente a través de una metáfora característica también en la poética de Francisca Aguirre que es la presencia de la lluvia. La música es el bálsamo que ella reclama para escapar de esa tristeza que siente ante la vida a través de la referencia a la música Bach: «sé que debo volver a Brandenburgo». Es importante también este poema porque además de observar como la música es un producto cultural fundamental para Aguirre, la voz poética continua explicando cómo la música clásica se convirtió en consuelo y refugio de su miedo y dolor, especialmente *Los Conciertos de Brandenburgo*: «Me enamoré de Bach con trece años»:

Fue cuando yo era niña y no sabía
cómo vivir el miedo sin morirme,
y cruzaba el pasillo de mi casa
escuchando una música distinta,
una música vasta, sin palabras
y sin embargo llena de consuelo.

una música que reía desde el llanto,
que borraba el dolor y la miseria
desde un amor que lo entendía todo.

También expresa la necesidad de la música como refugio del dolor, como consuelo en «Nana de los escombros» del libro *Nanas para dormir desperdicios* (Aguirre, 2007:17) :

Da igual, sé que da igual, lo importante es cantar,
cantar para que duerma al fin
eso que llora y llora sin para
dentro del corazón aquel
lleno de escombros.

Aunque en esta obra la autora abandona el tema de la literatura para centrarse en la importancia de la música, sí que hay que destacar una composición —»Nana de los libros viejos» (Aguirre, 2007: 41-43)- en la que Aguirre, como ya se ha dicho, rememora una tienda de libros a la que acudía con sus hermanas para poder alquilar libros. En este poema expresa esa necesidad de la lectura como refugio del hambre, el miedo y el frío: «Porque un libro, señores, es una prenda de abrigo», «y aquellas páginas marchitas/ calentaban como una gran hoguera». Asimismo es importante el valor que otorga a la literatura a través de la preciosa metáfora de la tienda con una cueva del tesoro: «aquella cueva era, sin embargo,/la cueva del tesoro», incidiendo de nuevo en esa idea de la literatura como recuperación de lo maravilloso y refugio de la realidad.

Asimismo otro de los productos culturales que sirvieron a la familia Aguirre como evasión fue el cine. Uno de los recuerdos más bonitos que relata Aguirre en *Espejito, espejito* es cuando toda la familia iba al cine, la afición favorita de su padre: «Mi padre, que fue siempre un entusiasta, se enamoró locamente del cine» (E.E., 27). Ella hereda el gusto por el cine, tal vez porque a través de la pantalla consigue recuperar la infancia perdida por la guerra, como ella misma declara: «Mis seis años aprendieron desde entonces a creer en los milagros. Tal vez por eso, para mí el cine siempre es maravilloso[...] En cuanto las figuritas empezaban a moverse, yo, en mi butaca, volvía a ser la niña feliz de seis años» (E.E., 27). De hecho en 1945, la abuela tenía seis pesetas y en vez de comprar algo de comida, decidieron irse al cine: «No se me olvida: las cinco muertas de hambre y en la pantalla *Los tambores de Fu-Man-Chu*»(E.E., 28).

También resulta significativa otra de las películas que Aguirre cuenta en su obra autobiográfica que van a ver: *La muerte en vacaciones*. En ella «la Muerte» personificada no

⁹ AGUIRRE, F., *Nanas para dormir desperdicios*, Madrid, Poesía Hiperión, 2007.

¹⁰ AGUIRRE, F., *La herida absurda*, Madrid, Bartleby Editores, 2006, pp.55-56.

trabaja, por lo que nadie puede fallecer. Es una forma de consuelo y refugio de la trágica realidad que están viviendo los españoles, un momento histórico en el que la muerte tiene una gran presencia en España durante esos años, no solo por las muertes naturales y los fusilamientos, sino también porque el hambre y la miseria general que había durante los años de posguerra multiplicaban las enfermedades mortales:

«Seguramente, por contraste, porque la muerte nos rodeaba por todas partes, he recordado siempre aquella película con asombrosa nitidez. [...] La historia es bastante tonta, un típico producto del peor cine romántico de los años treinta: la Muerte se toma unas vacaciones y bajo el aspecto de un apuesto galán vive unos días entre los hombres[...] aquella maravilla donde ¡oh milagro! Resultaba que no moría nadie. Porque lo único maravilloso, milagrosos, inolvidable que yo vi en aquella hermosísima película era que no moría nadie» (E.E., 79).

Igualmente la pintura, especialmente la de su padre, sirve a la autora como refugio del dolor y sufrimiento. En el poema «Los trescientos escalones» (E.G., 154-156) se refleja perfectamente esta idea ya que la autora recuerda el cuadro en el que su padre le pinta una escalera infinita, un lugar maravilloso en el que ella pueda vivir feliz, tal vez recuperando así el «paraíso perdido»:

Papá, perdimos tantas cosas
además de la infancia y los trescientos escalones que tú
pintaste
nunca he sabido si para decirnos que había que subirlos o
bajarlos.
Y ahora pienso, desde tu mano que me ayudaba a recorrerlos,
que tal vez me dijiste entonces
que había que subirlos y bajarlos
y para eso los pintaste
y para eso pasaste días enteros
pintando una escalera interminable,
una hermosa escalera rodeada de árboles y árboles,
llena de luz y amor,
una escalera para mí,
una escalera que pudiera subir,
vivir,
y una escalera para descender,
callar,
y sentarme a tu lado como entonces.

La escalera se convierte en un símbolo importante en la obra de Francisca Aguirre. Los «escalones» dan título a una de sus obras *Los trescientos escalones* y al poema que cierra el libro. Además la obra se divide en tres apartados, «Actitud presente», «Resultados» y «La infancia continúa subiendo la escalera». El poema «Los trescientos escalones», que además gráficamente representa una escalera interminable por la extensión de la composición, resume la infancia de nuestra autora y recuerda al padre a través de sus cuadros. Asimismo en este poema la escalera aparece también como lugar de refugio durante la guerra civil:

ya no tendrían que esconderse debajo de aquella escalerita que conducía a las habitaciones superiores mientras oían, espantadas, el agudo silbido de las bombas.

También la escalera aparece como un elemento infantil y fantástico en la autobiografía de Aguirre, cuando habla del Instituto Cervantes y relata que Antonio Machado también estuvo en este Instituto. Así la autora imagina que el poeta bajó por la escalera de mármol y retoma la idea del mundo fantástico de la literatura. Esa escalera se convierte en una especie de objeto mágico, con el que consigue lo imposible, ya que puede recuperar a los muertos, a veces a su tío, otras a don Antonio Machado:

«Yo me deslizaba por la barandilla de aquella escalera para caer en los brazos de mi tío. Un día, don Antonio y el tío Leonardo se deslizaron definitivamente hacia la eternidad. Sólo yo continué bajando por aquella escalera: unas veces bajo para caer en los brazos del tío Leonardo, y otras caigo sobre las solapas cenicientas de un profesor de francés a quien la historia recuerda como don Antonio Machado» (E.E., 38).

El poema «Paisajes de papel» (E.G., 49-50) refleja también la importancia de la pintura como método de evasión y salida al mundo. Ya el título del poema es significativo, pero especialmente la metáfora de los dibujos que realizaban ella y sus hermanas, como única manera de hacer una excursión ya que salir al campo podía suponer el desgaste de los únicos zapatos que tenían, símbolo que representa los limitados recursos económicos que tenía la familia Aguirre:

Nosotras, durante los dolientes domingos
dibujábamos inseguros paisajes.
Durante mucho tiempo ésas fueron todas mis excursiones
Salir a un campo que no fuera pintado
suponía gastar unos zapatos.

Además de la escritura como medio de curar sus heridas por un pasado cruel y desolador, Francisca Aguirre confiesa en algunas de sus composiciones poéticas y algunos fragmentos de *Espejito, espejito*, que ha conseguido encontrar otro refugio y consuelo en su marido Félix y su hija Guadalupe. Ello se observa en el famoso poema «El último mohicano» (E.G., 151-153) en el que la voz poética expresa el dolor que sufrió no solo por la muerte de su padre, sino también al ver el desconsuelo en los ojos de su hermana:

Había un espejo enorme
y yo vi la palabra muerte crecer dentro de aquel espejo
hasta salir de él
y alojarse en los ojos de mi hermana
como un vapor letal y pestilente.
Nada ha logrado hacerme olvidar aquellos ojos,
salvo algunas horas de amor
en que Félix y yo éramos dos huérfanos,
y el rostro milagroso de mi hija.

Francisca Aguirre recuerda en su obra la trágica experiencia que vivió desde muy niña: guerra, exilio, pobreza, hambre, miedo, orfandad del padre... Sin embargo la autora y su familia consiguieron encontrar el refugio perfecto. El arte se convierte para la familia Aguirre en algo esencial, es su forma de consuelo. A pesar de la grave situación económica y personal que pasó esta familia, como tantos otros españoles, realmente pudieron disfrutar de momentos felices gracias al cine, la música, la literatura y la pintura. Especialmente es importante el valor catártico que tiene la literatura para la autora. La escritura se convierte en la vida de Francisca Aguirre, como tantas veces ha confesado, pues además de ser su vía de escape del dolor, es también su oficio.

La obra poética y en prosa de Francisca Aguirre no solamente es extraordinaria para el lector, sino que sirve como refugio, bálsamo y consuelo para ella y para todos aquellos españoles que vivieron tantos años en una pesadilla, una trágica realidad que nunca podrán olvidar.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, F., *Espejito, espejito*, San Sebastián de los Reyes, Universidad Popular «José Hierro», 1995.
- _____, *Ensayo general (Poesía completa 1966-2000)*, Madrid, Calambur, 2000.
- _____, *Memoria arrodillada*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 2002.
- _____, *Que Planche Rosa Luxemburgo*, Valencia, Alemania, 2002.
- _____, *La herida absurda*, Madrid, Bartleby Editores, 2006.
- _____, *Nanas para dormir desperdicios*, Madrid, Poesía Hiperión, 2007.
- _____, *Historia de una anatomía*, Madrid, Poesía Hiperión, 2010.
- _____, *Conversaciones con mi animal de compañía*, Madrid, Ed. Rilke, 2013.
- ALMELA, M., GARCÍA LORENZO, M., GUZMÁN, H., SANFILIPPO, M. (Coords.), *Ecos de la memoria*, Madrid, UNED, 2011.
- CIPLIJAUSKAITÉ, B., «La novela femenina como autobiografía», en KOSSOFF, D., KOSSOFF, R., RIBBANS, G., AMOR Y VÁZQUEZ, J. (Coords.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: 22-27 agosto 1983*, Vol. 1, 1986, pp. 397-405.
- ESTEBAN SANTOS, A., «Esposas en guerra (Esposas del ciclo troyano)», *Estudios griegos e indoeuropeos*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006, pp. 85-106.
- GALLARDO LÓPEZ, M., «Pervivencia del mito en tres autores actuales», *Cuadernos de Filología Clásica (Estudios Latinos)*, Madrid, Univ. Complutense, 1991.
- GARCÍA CAICEDO, P., *El ritmo en la poesía de Blas de Otero*, Tesis (Directora: Dra. Sabina de la Cruz García), Departamento de Filología Española II, Facultad de Filología, Universidad Complutense de Madrid, 1995.
- GARCÍA FLORINDO, D., «El mito clásico como espacio crítico feminista y espacio lírico femenino en la poesía de Ana Rossetti», en ARRIAGA FLÓREZ, M., *Mujeres, espacio & poder*, Sevilla, Arcibel, 2004, pp. 280-287.
- GONZÁLEZ DELGADO, R., «Penélope se hace a la mar: la remitificación de una heroína», en *Estudios clásicos. Órgano de la Sociedad Española de Estudios Clásicos*, Tomo XLVII, n.º 128 (2005), pp. 7-21.
- _____, «Penélope/Helena en el teatro español de posguerra», en *Stichomythia*, 4, (2005).
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, H., «Penélope y Antígona, dos miralls míticos de la literatura gallega de dones», en *Anuari de filologia. Secció G. Filologia Romànica*, Vol. XXII, n.º 10 (2000), pp. 59-68.
- GONZÁLEZ, M., «La generación herida. La Guerra Civil y el primer franquismo como señas de identidad en los niños nacidos hasta el año 1940», *Revista de Historia (ZURITA, J.)*, n.º 84 (2009), pp. 87-112.
- _____, «Traumatic memories in Poetry of Francisca Aguirre», *Ojáncano: revista de literatura española*, n.º 40 (2011), pp. 7-20.
- MARINA SÁEZ, R. M., «Penélope, Ulises y la Odisea en la poesía española contemporánea escrita por mujeres», en *Tropelías: Revista de la literatura y literatura comparada*, n.º 12-14 (2001-2003), pp. 271-284.
- MANGINI, S., «Resistencia a la memoria y memorias de resistencia», *DUODA. Revista d'Estudis Feministes*, n.º 10 (1996).
- NIEVA DE LA PAZ, P., «Voz autobiográfica e identidad profesional: Las escritoras españolas de la Generación del 27», *Hispania*, Vol. 89, n.º 1 (2006).
- NÚÑEZ DÍAZ BALART, M., «La infancia «redimida»: el último eslabón del sistema penitenciario franquista», *Historia y comunicación social*, n.º 6 (2001), pp. 137-148.
- PAYERAS GRAU, M., «Francisca Aguirre ante la mar de Homero» (capítulo IV), en ROMANO, M. (Coord.), *Lo vivo lejano. Poéticas españolas en diálogo con la tradición*, Universidad Nacional de Mar de Plata, Argentina, 2009.
- _____, «La odisea de Penélope», en LÓPEZ CRIADO, F. (Coord.), *Héroes, mitos y monstruos en la literatura española contemporánea*, Andavira, Grupo de Investigación de la Universidade da Coruña, 2009, pp. 281-288.
- ROMERA CASTILLO, J., «Escritura autobiográfica de mujeres en España (1975-1991)», en VILLEGAS, J. (Coord.), *La mujer y su representación en las literaturas hispánicas*, Actas Irvine-92: [Actas de XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas], 1994, Vol. 2, pp. 140-148.
- SOLER SASERA, E., «Las voces antiguas: la Guerra Civil española en algunas memorias y autobiografías del exilio literario de 1939», *Olivar*, n.º 8 (2006), pp. 249-261.
- THOMPSON, D. R., *Return to Ithaca: Contemporary Revisions of Penelope in Spanish Women's Literature*, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, 91, 2 (2008), pp. 320-330.
- TRUEBA MIRA, V., «La autobiografía femenina: la mujer como escritura (sobre Felicidad Blanc)», *Hesperia, Anuario de Filología Hispánica*, V (2002), pp. 175-194.